

Y el pueblo inmóvil espera
Se consume el sacrificio.

De repente el *Topiltzin*
Señala al pueblo los ídolos,
Alza la mano en que brilla
El afilado cuchillo,

Y rasgando el fuerte pecho
Del nunca domado indio,
Arráncale el corazón,
Preséntalo al pueblo vivo,

Y palpitante y sangriento
Lo arroja á los pies del ídolo.

Desátase el pueblo entonces
En frenéticos ahullidos,
Y enjuga en su manga roja
El *Topiltzin* su cuchillo.



IV.

PAPANTZIN.

I.

Es mas gallarda que la altiva palma
La bella *Papantzin*, noble princesa,
Tan hermosa de cuerpo como de alma
Una existencia plácida atraviesa.

Bajo un cielo de vívidos colores,
Gozando de un esposo las caricias,
De *Tlatelolco* entre las lindas flores
Vé resbalar su vida entre delicias.

¡Mas ay! que todo con sus rudas alas
Arrastra el tiempo en su incesante vuelo. . . .
Tronchó la muerte sus queridas galas. . . .
Murió el esposo en quien miraba un cielo. . . .

Y entonces *Papantzin* amargo lloro
En su desierto tálamo derrama. . . .
Y al que fué su ilusion y su tesoro
Con palabras de amor triste le llama. . . .

El dardo del pesar rasgó su pecho,
Murió la hermosa de dolor transida;
Rodea triste su mortuorio lecho
El pueblo azteca que le amára en vida.

¡Murió la viuda alondra!—y sepultura
La dan cabe á un estanque cristalino
Que sus gentiles formas y hermosura
Retratára en sus aguas de continuo.

II.

Brilla el sol en el oriente,
Baña con su luz la tierra,
El ave trina en las ramas
De las elevadas ceibas,

Alza la flor su corola
Que encierra ricas esencias,
Y murmura el arroyuelo
Entre la menuda yerba.

Envuelta en un blanco lienzo
Una mujer se contempla
De ojos negros y lucientes,
De frente altiva y soberbia.

Está pálido su rostro
Y en desórden la madeja

Del destrenzado cabello
Que se desata en mil hebras.

Sentada al pié de un estanque
La frente apoya en su diestra
Cual si estuviera embebida
En meditaciones serias. . . .

Un pequeño pié desnudo
Y el principio de una pierna
Fina, torneada y nerviosa
Que otros encantos revela,

Entre pliegues indiscretos
Deja ver la blanca tela. . . .—
Una india hácia el estanque
Pausadamente se acerca,

Mas súbito al contemplarla,
Sea temor ó sorpresa,
Júzguela vision diabólica
O blanca vision etérea,

Lanza un grito penetrante
Y cae en la dura tierra.
—¡*Papantzin!*. . . .—Ven, hija mia'
Acércate. . . . nada temas. . . .

¿Dice la del blanco lienzo
A la aterrada doncella.
—*Papantzin* soy, que estoy viva
Aunque me juzgasteis muerta. . . .

Ven! Levántate! á Tetzcuco
En este momento vuela
Y ruega á Netzahualpilli
Que con Moctezuma venga....—

La india ya mas tranquila,
Aunque todavía trémula,
Escucha el mandato, y parte
Como una corza ligera.

III.

—¿Sois realmente mi hermana...?—
Con voz débil é insegura
La demanda sorprendido
A *Papantzin* Moctezuma.

—La misma soy, *Papantzin*,
La que creisteis difunta,
Y que junto de este estanque
Disteis ayer sepultura.

Papantzin soy....—Admirado
La contempla Moctezuma....
Duda, cree y á dudar vuelve....
Y á la que juzgó difunta

La mira, torna á mirarla,
Muere mil veces su duda,
Y vuelve á nacer de nuevo
Con mas fuerza y mas robusta....

Al fin con el lábio trémulo,
Con voz débil y convulsa,

—¿Qué es esto, hermana, qué es esto?
¿Cómo vivís?—la pregunta.

Hablad, pues.—Oid, Señor,
Con voz mas dulce que nunca
Le contesta *Papantzin*
A su hermano Moctezuma.

IV.

Apenas perdí el sentido
Cuando me ví sorprendida
En una llanura inmensa
Por donde un rio corria

De verdes, furiosas olas
Que sordamente rugian.
Quise atravesar el rio
Y pasar á la otra orilla,

Pero de pronto un mancebo
Se presentó ante mi vista.
Era el mancebo gallardo
Como nuestras palmas indias;

Llevaba un largo ropage
Que cual sol resplandecia,
Aun mas blanco que la nieve
Que corona el *Ixtlalchihuatl*.

Dos alas de blancas plumas
El extranjero tenia,
Y en su frente una señal
Que lanzaba luz muy viva.

Tomó el mancebo mi mano
Y con voz blanda y sentida,
—Dios te ama mucho—me dijo—
No pases el río, hija,

Aun no es tiempo.—Y me condujo
A su lado por la orilla.
Allí ví huesos humanos,
Calaveras esparcidas,

Y escuché horribles gemidos
Que mi corazón partían.
Y allá en medio de las olas
Que se encrespan y se irritan

Unos barcos ví muy grandes
Donde hombres de otros climas
Blancos y de espesa barba
Con estandartes venían.

—Dios—me dijo el extranjero—
Quiere, *Papantzin*, que vivas
Para que á tu pueblo todo
Con entera fé predigas

Los cambios que ha de sufrir
En no muy lejanos días.
Esos gemidos que escuchas
Son de las almas malditas

De tus malos ascendientes
A los que el Señor castiga.

Y esos hombres que contemplas
Papantzin, desde esta orilla,

Con las armas en la mano
Conquistarán estos climas,
Y del Dios de tierra y cielo
Plantarán aquí la insignia.

Y tú serás la primera
Que el santo baño recibas
Que el original pecado
Para siempre lava y limpia.—

Apenas dijo esto el jóven
Despareció de mi vista. . . .
Disperté. . . .latió mi pecho
Y otra vez volví á la vida.

Me alcé entonces de la tumba
En que tendida yacía,
Y me senté aquí, Señor,
A esperar vuestra venida.

V.

Con los labios entreabiertos
Y con la mirada fija
Embebido Moctezuma
Escuchó á su hermana linda

Dibujándose en su rostro
Emociones mil distintas.

—Adios, hermana—al fin dijo,—
Con la voz muy conmovida,

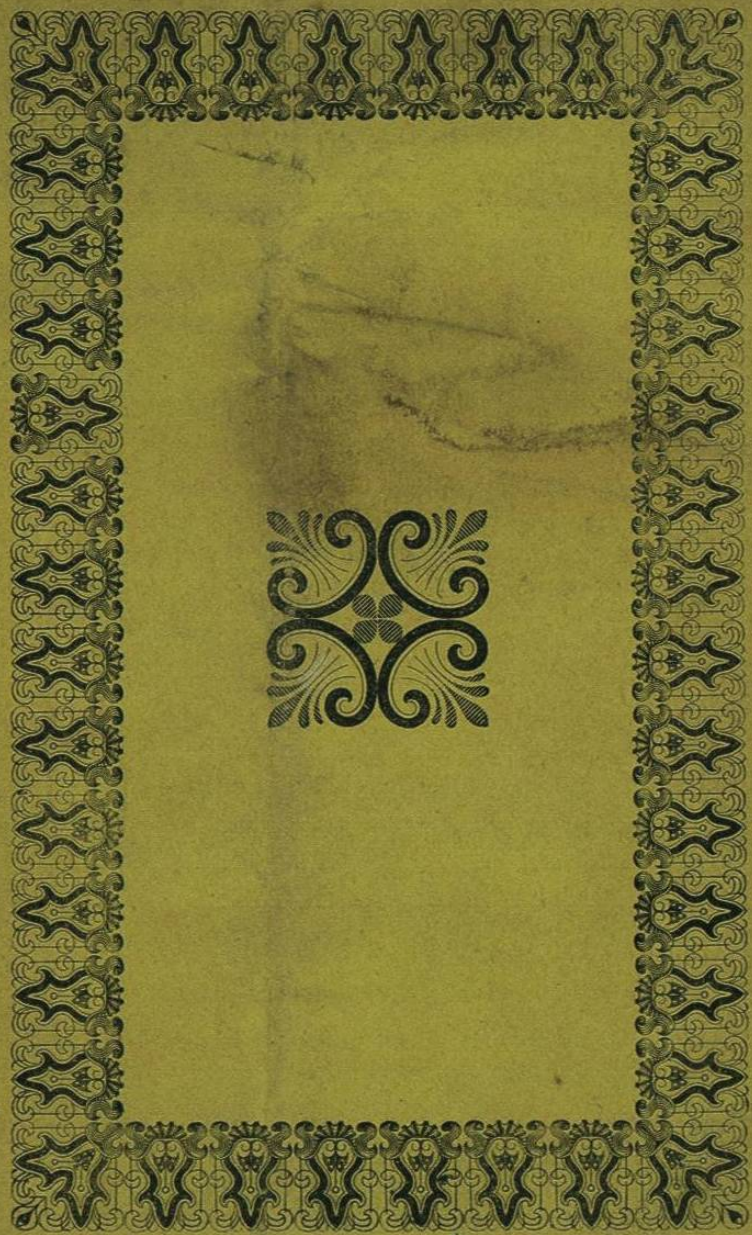
Y fué á encerrarse á un palacio
Que para el luto tenia.

VI.

Lejos de mundanas pompas,
Solo al retiro entregada,
La hermosa resucitada
Por largos años vivió.

Cumplióse por fin su sueño,
Y allá en *Tlatelolco* mismo
Recibió el santo bautismo
Y **MARÍA** se llamó.





PQ
.R
R4

108